

Domingo XVIII del Tiempo Ordinario (ciclo B)

- **DEL MISAL MENSUAL**
- **BIBLIA DE NAVARRA** (www.bibliadenavarra.blogspot.com)
- **SAN JUAN CRISÓSTOMO** (www.iveargentina.org)
- **FRANCISCO** – Homilía en Santa Marta, 5.V.14 y 20.IV.15
- **BENEDICTO XVI** – Ángelus 2012
- **DIRECTORIO HOMILÉTICO** – Congregación para el Culto Divino
- **RANIERO CANTALAMESSA** (www.cantalamessa.org)
- **FLUVIUM** (www.fluvium.org)
- **PALABRA Y VIDA** (www.palabrayvida.com.ar)
- **BIBLIOTECA ALMUDÍ** (www.almudi.org)
 - Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva
 - Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica
- **HABLAR CON DIOS** (www.hablarcondios.org)
- **Mons. Salvador CIRSTAU i Coll** Obispo Auxiliar de Terrassa (Barcelona) (www.evangelinet.net)

DEL MISAL MENSUAL

COMER Y VIVIR EN LIBERTAD

Ex 16,2-4. 12-15; Ef 4,17.20-24; Jn 6,24-35

El relato del Éxodo nos deja conocer las quejas de los israelitas cuando comenzaban a vivir el aprendizaje de la vida en libertad. De inmediato desfiguran la memoria histórica de la esclavitud y aducen que aunque no tenían libertad, comían pan hasta el hartazgo. Una pintura inexacta de la esclavitud. Los relatos sobre las bandadas de codornices y la recolección del maná confirman una certeza incommovible: cuando el pueblo se organiza de manera solidaria para mejorar sus condiciones de vida, Dios jamás lo desampara. Todo cambio social genuino va acompañado de la resistencia de los nostálgicos y conservadores que se aferran al diminuto lado bueno del pasado. El Señor Jesús también desafía a sus contemporáneos a que vivan en sintonía con el mensaje del Pan de Vida. Los esfuerzos que Jesús realiza por propagar la vida, se topan con la incrédula necesidad de quienes estaban atados al pasado.

ANTÍFONA DE ENTRADA Sal 69, 2. 6

Dios mío, ven en mi ayuda; Señor, date prisa en socorrerme. Tú eres mi auxilio y mi salvación; Señor, no tardes.

ORACIÓN COLECTA

Ayuda, Señor, a tus siervos, que imploran tu continua benevolencia, y ya que se glorían de tenerte como su creador y su guía, renueva en ellos tu obra creadora y consérvales los dones de tu redención. Por nuestro Señor Jesucristo...

LITURGIA DE LA PALABRA

PRIMERA LECTURA

Voy a hacer que llueva pan del cielo.

Del libro del Éxodo: 16, 2-4. 12-15

En aquellos días, toda la comunidad de los hijos de Israel murmuró contra Moisés y Aarón en el desierto, diciendo: “Ojalá hubiéramos muerto a manos del Señor en Egipto, cuando nos sentábamos junto a las ollas de carne y comíamos pan hasta saciarnos. Ustedes nos han traído a este desierto para matar de hambre a toda esta multitud”.

Entonces dijo el Señor a Moisés: “Voy a hacer que llueva pan del cielo. Que el pueblo salga a recoger cada día lo que necesita, pues quiero probar si guarda mi ley o no. He oído las murmuraciones de los hijos de Israel. Diles de parte mía: ‘Por la tarde comerán carne y por la mañana se hartarán de pan, para que sepan que yo soy el Señor, su Dios’.

Aquella misma tarde, una bandada de codornices cubrió el campamento. A la mañana siguiente había en torno a él una capa de rocío que, al evaporarse, dejó el suelo cubierto con una especie de polvo blanco semejante a la escarcha. Al ver eso, los israelitas se dijeron unos a otros: “¿Qué es esto?”, pues no sabían lo que era. Moisés les dijo: “Este es el pan que el Señor les da por alimento”.

Palabra de Dios. *Te alabamos, Señor.*

SALMO RESPONSORIAL

Del salmo 77, 3.4bc. 23-24. 25.54

R/. El Señor les dio pan del cielo.

Cuanto hemos escuchado y conocernos del poder del Señor y de su gloria, cuanto nos han narrado nuestros padres, nuestros hijos lo oirán de nuestra boca. **R/.**

A las nubes mandó desde lo alto que abrieran las compuertas de los cielos; hizo llover maná sobre su pueblo, trigo celeste envió como alimento. **R/.**

Así el hombre comió pan de los ángeles; Dios le dio de comer en abundancia y luego los condujo hasta la tierra y el monte que su diestra conquistara. **R/.**

SEGUNDA LECTURA

Revístanse del nuevo yo, creado a imagen de Dios.

De la carta del apóstol san Pablo a los efesios: 4, 17. 20-24

Hermanos: Declaro y doy testimonio en el Señor, de que no deben ustedes vivir como los paganos, que proceden conforme a lo vano de sus criterios. Esto no es lo que ustedes han aprendido de Cristo; han oído hablar de Él y en Él han sido adoctrinados, conforme a la verdad de Jesús. Él les ha enseñado a abandonar su antiguo modo de vivir, ese viejo yo, corrompido por deseos de placer. Dejen que el Espíritu renueve su mente y revístanse del nuevo yo, creado a imagen de Dios, en la justicia y en la santidad de la verdad.

Palabra de Dios. *Te alabamos, Señor.*

ACLAMACIÓN Mt 4, 4

R/. Aleluya, aleluya.

No sólo de pan vive el hombre, sino también de toda palabra que sale de la boca de Dios. **R/.**

EVANGELIO

El que viene a mí no tendrá hambre y el que cree en mí nunca tendrá sed.

+ Del santo Evangelio según san Juan: 6, 24-35

En aquel tiempo, cuando la gente vio que en aquella parte del lago no estaban Jesús ni sus discípulos, se embarcaron y fueron a Cafarnaúm para buscar a Jesús.

Al encontrarlo en la otra orilla del lago, le preguntaron: “Maestro, ¿cuándo llegaste acá?” Jesús les contestó: “Yo les aseguro que ustedes no me andan buscando por haber visto signos, sino por haber comido de aquellos panes hasta saciarse. No trabajen por ese alimento que se acaba, sino por el alimento que dura para la vida eterna y que les dará el Hijo del hombre; porque a éste, el Padre Dios lo ha marcado con su sello”.

Ellos le dijeron: “¿Qué necesitamos para llevar a cabo las obras de Dios?” Respondió Jesús: “La obra de Dios consiste en que crean en aquel a quien Él ha enviado”. Entonces la gente le preguntó a Jesús: “¿Qué signo vas a realizar tú, para que lo veamos y podamos creerte? ¿Cuáles son tus obras? Nuestros padres comieron el maná en el desierto, como está escrito: Les dio a comer pan del cielo”.

Jesús les respondió: “Yo les aseguro: No fue Moisés quien les dio pan del cielo; es mi Padre quien les da el verdadero pan del cielo. Porque el pan de Dios es aquel que baja del cielo y da la vida al mundo”.

Entonces le dijeron: “Señor, danos siempre de ese pan”. Jesús les contestó: “Yo soy el pan de la vida. El que viene a mí no tendrá hambre y el que cree en mí nunca tendrá sed”.

Palabra del Señor. Gloria a ti, Señor Jesús.

Credo.

PLEGARIA UNIVERSAL

Invoquemos, hermanos, a Dios Padre, pidámosle que escuche nuestras oraciones y roguémosle con fe que venga en auxilio de nuestras necesidades, digamos confiadamente: **Te rogamos, Señor.**

1. Oremos por el Papa Francisco, por nuestro obispo **N.**, por todos los obispos y sacerdotes, para que el Señor los haga santos y les conceda el espíritu de sabiduría a fin de que proclamen con rectitud la verdadera palabra. *Roguemos al Señor.*

2. Oremos por los que están lejos de sus hogares, por los viajeros, por los que se encuentran en peligro, para que el Señor les conceda un ángel que los proteja y los aleje de todo mal.

3. Oremos por los hombres de todos los pueblos y de todas las religiones, para que el Señor les revele su bondad y dirija su camino hacia el conocimiento de la verdad plena. *Roguemos al Señor.*

4. Oremos por nuestros hermanos que han muerto en el Señor; que Dios perdone sus pecados, acoja sus almas junto a él y los conduzca al lugar del descanso, de la luz y de la paz. *Roguemos al Señor.*

Dios nuestro, que has confiado al hombre las riquezas inmensas de la creación, escucha las oraciones de tu Iglesia y no permitas que falte a ninguno de tus hijos el pan de cada día, y suscita en nosotros el deseo de tu palabra, para que podamos saciar aquella hambre de verdad que tú mismo infundes en nuestros corazones. *Por Jesucristo, nuestro Señor.*

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Santifica, Señor, por tu piedad, estos dones y al recibir en oblación este sacrificio espiritual, conviértenos para ti en una perenne ofrenda. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Prefacio para los domingos del Tiempo Ordinario.

ANTÍFONA DE LA COMUNIÓN Sb 16, 20

Nos has enviado, Señor, pan del cielo, que encierra en sí toda delicia, y satisface todos los gustos.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Acompaña, Señor, con tu permanente auxilio, a quienes renuevas con el don celestial, y a quienes no dejas de proteger, concédeles ser cada vez más dignos de la eterna redención. Por Jesucristo, nuestro Señor.

BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)

El maná (Ex 16,2-4.12-15)

1ª lectura

La protesta de los israelitas que suele preceder a los prodigios del desierto (cfr 14,11; 15,24; 17,3; Nm 11,1.4; 14,2; 20,2; 21,4-5) pone de relieve la falta de fe y de esperanza del pueblo elegido, y, en contraste, subraya la fidelidad de Dios que, una y otra vez, socorre sus necesidades aun sin merecerlo. Por otra parte, así como Moisés y Aarón escuchan pacientemente las murmuraciones, del mismo modo Dios siempre está dispuesto a mantener un diálogo con el hombre que peca, unas veces atendiendo sus quejas, otras ofreciéndole la oportunidad de convertirse: «Aunque Dios podría infligir el castigo a los que condena sin decir nada, no lo hace; al contrario, hasta cuando condena, habla con el culpable y le hace hablar, como medio para evitar la condenación» (Orígenes, *Homiliae in Ieremiam* 1,1).

El maná y las codornices son para el pueblo no sólo alivio para el hambre, sino, sobre todo, una señal de la presencia divina en un triple sentido: el Señor que los sacó de Egipto no los abandona; Él manifiesta la majestad de su gloria dominando sobre las criaturas (cf. Ex 16,7); no los ha sacado para hacerlos morir, sino para que sigan viviendo a pesar de las dificultades.

Revestíos del hombre nuevo (Ef 4,17.20-24)

2ª lectura

En esta última y más extensa sección de esta carta a los Efesios se exponen las exigencias morales del cristiano como miembro de la Iglesia. El cristiano ya no es «hombre viejo», que vive en la oscuridad del mal (4,17-32), sino «hombre nuevo», que ha de reflejar a Dios en su comportamiento (5,1-7).

La vida nueva en Cristo es la condición que se exige a cada cristiano para contribuir al crecimiento del Cuerpo de Cristo (cfr 4,12-16). Esta vida nueva requiere despojarse de la vanidad y pecado anteriores a la conversión (vv. 17-19) y revestirse de Cristo, el hombre nuevo, siendo fiel a Él (vv. 20-24) en todo instante. «Si, pues, no hay más que un vestido salvador, esto es, Cristo, nadie llamará hombre nuevo, el que ha sido creado según Dios, a ninguno fuera de Cristo. Es, pues, evidente, que quien se ha revestido de Cristo se ha revestido del hombre nuevo, de ese hombre nuevo que ha sido creado según Dios» (S. Gregorio de Nisa, *Contra Eunomium* 3,1,52).

El Pan de vida (Jn 6,24-35)

Evangelio

Este discurso de Jesús se abre con una introducción a modo de diálogo entre Él y los judíos, donde se revela cuáles son los bienes mesiánicos que Él trae. Los interlocutores creían que el maná —alimento que diariamente recogían los hebreos en su caminar por el desierto (cfr Ex 16,13ss.)— era símbolo de los bienes que traería el Mesías; por eso piden a Jesús que realice un portento semejante al del maná. Pero no podían ni siquiera sospechar que el maná sólo era figura del gran don mesiánico que Dios iba a comunicar a los hombres: su propio Hijo presente en el misterio de la Sagrada Eucaristía. En el diálogo, Jesús intenta conducirles a un acto de fe en Él, para después revelarles abiertamente el misterio de su presencia en la Eucaristía.

«A éste lo confirmó Dios Padre con su sello» (v. 27). Con esta frase alude el Señor a la condición por la que sólo Él, el Hijo del Hombre, puede dar a los hombres los dones mencionados: porque siendo Jesús Dios y hombre, su naturaleza humana es el instrumento por el que actúa la Segunda Persona de la Santísima Trinidad. Santo Tomás de Aquino comenta así esta frase: «Lo que el Hijo del Hombre dará, lo posee en cuanto supera a todos los demás hombres por su singular y eminente plenitud de gracia (...). Cuando un sello se imprime en la cera, ésta recibe toda la forma del sello. Así el Hijo recibió toda la forma del Padre. Y esto de dos modos: uno eterno (generación eterna), del cual no se habla aquí porque el sello y lo sellado son de distinta naturaleza. El otro, que es el que hay que entender aquí, es el misterio de la Encarnación, por el que Dios Padre imprimió en la naturaleza humana el Verbo, que es resplandor y sello de su sustancia, como dice Hebreos (1,3)» (*Super Evangelium Ioannis, ad loc.*).

SAN JUAN CRISÓSTOMO (www.iveargentina.org)

“Yo soy el pan de vida”

Nada hay peor que la gula, nada más vergonzoso. Esta es la que cierra el entendimiento y lo hace rudo y vuelve carnal al alma. Esta ciega y no deja ver. Observa cómo fue eso lo que obró en los judíos. Porque ansiando ellos los placeres del vientre y no pensando en nada espiritual, sino únicamente lo de este siglo, Cristo los excitó con abundantes discursos, llenos unas veces de acritud, otras de suavidad y perdón. Pero ni aun así se levantaron a lo alto sino que permanecieron por tierra.

Atiende, te ruego. Les había dicho: Me buscáis no porque hayáis comprendido las señales, sino porque comisteis de los panes y os habéis saturado. Los punzó arguyéndoles; les mostró cuál es el pan que se ha de buscar al decirles: Hacedos no del alimento que perece; y aun les añadió el premio diciendo: sino el pan para la vida eterna. Y enseguida sale al encuentro de la objeción de ellos con decirles que ha sido enviado por el Padre. ¿Qué hacen ellos? Como si nada hubieran oído, le dicen: ¿Qué debemos hacer para lograr la merced de Dios? No lo preguntaban para aprender y ponerlo por obra, como se ve por lo que sigue, sino queriendo inducirlo a que de nuevo les suministre pan para volver a saturarse. ¿Qué les responde Cristo?: Esta es la obra que quiere Dios: que creáis en el que Él envió. Instan ellos: ¿Qué señal nos das para que la veamos y creamos en ti? Nuestros padres comieron el maná en el desierto.

¡No hay cosa más necia y más estulta que eso! Cuando el milagro estaba aún delante de sus ojos, como si nada se hubiera realizado le decían: *¿Qué señal nos das?* Y ni siquiera le dan opción a escoger, sino que piensan que acabarán por obligarlo a hacer otro milagro, como el que se verificó en tiempo de sus ancestros. Por eso le dicen: *Nuestros padres comieron el maná en el desierto.* Creían

que por este camino lo excitarían a realizar ese mismo milagro que los alimentaría corporalmente. Porque ¿por cuál otro motivo no citan sino ése, de entre los muchos verificados antiguamente; puesto que muchos tuvieron lugar en Egipto, en el mar, en el desierto? Pero sólo le proponen el del maná. ¿No es acaso esto porque aún estaban reciamente bajo la tiranía del vientre? Pero, oh judíos: ¿cómo es esto que aquel a quien vosotros llamasteis profeta y lo quisisteis hacer rey por el milagro que visteis, ahora, como si nada se hubiera realizado, os le mostráis tan ingratos y pérfidos, que aun le pedís una señal, lanzando voces dignas de parásitos y de canes famélicos? ¿De modo que ahora, cuando vuestra alma está hambreada, venís a recordar el maná?

Y advierte bien la ironía. No le dijeron: Moisés hizo este milagro; y tú ¿cuál haces? porque no querían volvérselo contrario. Sino que emplean una forma sumamente honorífica en espera del alimento. No le dijeron: Dios hizo aquel prodigio; y tú ¿cuál haces? porque no querían parecer como si lo igualaran a Dios. Tampoco nombran a Moisés, para no parecer, que lo hacen inferior a Cristo. Sino que invocaron el hecho simple y dijeron: *Nuestros padres comieron el maná en el desierto*. Podía Cristo haberles respondido: Mayor milagro he hecho yo que no Moisés. Yo no necesito de vara ni de súplicas, sino que todo lo he hecho por mi propio poder. Si traéis al medio el maná, yo os di pan. Pero no era entonces ocasión propicia para hablarles así, pues el único anhelo de Cristo era llevarlos al alimento espiritual.

Observa con cuán eximia prudencia les responde: *No fue Moisés quien os dio pan bajado del cielo, sino que es mi Padre quien os da el verdadero pan que viene del cielo*. ¿Por qué no dijo: ‘No fue Moisés, sino soy yo’, sino que sustituyó a Moisés con Dios y al maná consigo mismo? Fue porque aún era grande la rudeza de los oyentes, como se ve por lo que sigue. Puesto que con tales palabras no los cohibió. Y eso que al principio *ya les había dicho: Me buscáis no porque hayáis comprendido las señales, sino porque comisteis de los panes y os habéis saturado. Y como esto era lo que buscaban, en lo que sigue también los corrige. Pero ellos no desistieron*.

Cuando prometió a la mujer samaritana que le daría aquella agua, no hizo mención del Padre, sino que dijo: *Si supieras quién es el que te dice: Dame de beber, quizá tú le pedirías, y te daría agua viva*. Y en seguida: *El agua que yo daré*; y tampoco hace referencia al Padre. Aquí, en cambio, sí la hace. Pues bien, fue para que entiendas cuán grande era la fe de la samaritana y cuán grande la rudeza de los judíos. En cuanto al maná, en realidad no venía del Cielo. Entonces ¿cómo se dice ser del cielo? Pues es al modo como las Escrituras hablan de: *Las aves del cielo* (Sal 8, 9); y también: *Tronó desde el cielo Dios* (Sal 17, 14).

Y dice del *pan verdadero*, no porque el milagro del maná fuera falso, sino porque era sólo figura y no la realidad. Y al recordar a Moisés se antepuso a éste, ya que ellos no lo anteponían; más aún, tenían por más grande a Moisés. Por lo cual, habiendo dicho: *No fue Moisés quien os dio*, no añadió: *Yo soy el que os doy*, sino dijo que el Padre lo daba. Ellos le respondieron: *Danos de ese pan para comer*, pues aún pensaban que sería una cosa sensible y material y esperaban repletar sus vientres. Y tal era el motivo de que tan pronto acudieran a él. ¿Qué dice Cristo? Poco a poco los va levantando a lo alto; y así les dice: *El pan de Dios es el que descende del cielo y da la vida al mundo*. No a solos los judíos sino a todo el mundo.

Y no habla simplemente de alimento, sino de otra vida diversa. Y dice *vida* porque todos ellos estaban muertos. Pero ellos siguen apegados a lo terreno y le dicen: *Danos ese pan*. Los reprochaba de una mesa sensible; pero en cuanto supieron que se trataba de una mesa espiritual, ya no se le acercan. Les dice: *Yo soy el pan de vida. El que a mí viene jamás tendrá hambre y el que cree en mí jamás padecerá sed. Pero yo os tengo dicho que aunque habéis visto mis señales, no creéis*.

Ya el evangelista se había adelantado a decir: *Habla de lo que sabe y da testimonio de lo que vio y nadie acepta su testimonio*. Y Cristo a su vez: *Hablamos lo que sabemos y testificamos lo que hemos visto, pero no aceptáis nuestro testimonio*. Va procurando amonestarlos de antemano y manifestarles que nada de eso lo conturba, ni busca la gloria humana, ni ignora lo secreto de los pensamientos de ellos, así presentes como futuros. *Yo soy el pan de vida*. Ya se acerca el tiempo de confiar los misterios. Mas primeramente habla de su divinidad y dice: *Yo soy el pan de vida*. Porque esto no lo dijo acerca de su cuerpo, ya que de éste habla al fin, cuando declara: *El pan que yo daré es mi carne*. Habla pues todavía de su divinidad. Su carne, por estar unida a Dios Verbo, es pan; así como este pan, por el Espíritu Santo que desciende, es pan del cielo.

Pero aquí no usa ya de testigos, como en el discurso anterior, pues allá tenía como testigos los panes del milagro y los oyentes aún simulaban creerle. Acá en cambio aún lo contradecían y le argumentaban. Por lo cual finalmente ahora expone plenamente su sentencia. Ellos siguen esperando el alimento corporal y no se perturban hasta el momento en que pierden la esperanza de obtenerlo. Mas ni aun así calló Cristo, sino que los increpa con vehemencia. Los que allá mientras comían lo llamaron profeta, ahora se escandalizan y lo llaman hijo de artesano. No lo trataban así cuando estaban comiendo, sino que decían: *Este es el Profeta*. Y aun lo querían hacer rey. Ahora hasta se indignan al oírlo decir que ha venido del Cielo. Mas no era ése el motivo verdadero de su indignación, sino el haber perdido la esperanza de volver a disfrutar de la mesa corporal. Si su indignación fuera verdadera, debían investigar cómo era pan de vida, cómo había bajado del Cielo. Pero no lo hacen, sino que solamente murmuran.

Y que no sea aquélla la causa verdadera de su indignación se ve porque cuando Jesús les dijo: *Mi Padre os da el pan*, no le dijeron: Pídele que nos dé, sino ¿qué?: *Danos ese pan*. Jesús no les había dicho: Yo os daré, sino: *Mi Padre os da*. Pero ellos, por la gula, pensaban que él podía dárselo. Pues bien, quienes esto creían ¿en qué forma debieron escandalizarse cuando lo oyeron decir que era el Padre quien se lo daría?

¿Cuál es pues el motivo verdadero? Que en cuanto oyeron que ya no comerían, ya no creyeron; y ponen como motivo el que Jesús les hable de cosas elevadas. Por eso les dice: *Me habéis visto y no creéis*, dándoles a entender así los milagros como el testimonio de las Escrituras. Pues dice: *Ellas dan testimonio de Mí*; y también: *¿Cómo podéis creer vosotros que captáis la gloria unos de otros?*

(Explicación del Evangelio de San Juan, Homilía XLV (XLIV), Tradición, México 1981, pp. 5-9)

FRANCISCO – Homilía en Santa Marta, 5.V.14 y 20.IV.15

Quien tiene sitio en la Iglesia

5 de mayo de 2014

En la Iglesia no hay sitio para quien sigue a Jesús sólo por vanidad, por deseo de poder y por deseo de acumular dinero. Sólo hay sitio para quien lo ama y lo sigue precisamente porque lo ama. Ha sido muy claro el Papa Francisco al reafirmar la actitud justa del cristiano que se pone en camino por la senda del Señor. Y el lunes 5 de mayo, por la mañana, en la misa que celebró en la capilla de Santa Marta, pidió que nos preguntemos de qué modo seguimos a Jesús.

El Pontífice partió del pasaje de san Juan (Jn 6, 22-29) en el que se dice que la multitud, que comió gracias al milagro de la multiplicación de los panes y de los peces realizado por Jesús, al no verlo ya, lo va a buscar “a la otra orilla del mar”. Jesús, dijo el Papa, “llama la atención de la gente

sobre algunas actitudes que no son buenas y, es más, hacen mal”. Después de la multiplicación de los panes “la gente estaba alegre” por lo que había hecho Jesús, hasta el punto que “querían convertirlo en rey”. Pero Él “huyó, solo. Fue a rezar al monte. Luego, esta gente, que lo seguía con el corazón, lo amaba, al enterarse que Jesús estaba en la otra orilla, fueron a buscarlo. Jesús los reprende por esta actitud: “En verdad os digo: vosotros me buscáis no porque habéis visto signos, sino porque comisteis pan hasta saciaros”⁴. Es como si dijese: “Vosotros me buscáis por un interés”. Y “creo –añadió el Pontífice– que nos hace siempre bien preguntarnos: ¿por qué busco a Jesús? ¿Por qué sigo a Jesús?”.

“Nosotros somos todos pecadores”, explicó el Santo Padre. Y, por lo tanto, siempre tenemos algún interés, algo “que purificar al seguir a Jesús; debemos trabajar interiormente para seguirlo, por Él, por amor”.

Pero también la gente de la que habla el Evangelio lo amaba. “Lo amaba de verdad”, destacó el Papa, porque “hablaba como uno que tiene autoridad”. Sin embargo había también ventajas. Y “en mi seguimiento de Jesús –se preguntó de nuevo el obispo de Roma– ¿busco algo que no es precisamente Jesús? ¿Tengo rectitud de intención o no?”. La respuesta se puede encontrar en las enseñanzas mismas de Jesús, el cual “indica tres actitudes que no son buenas al seguirlo a Él o al buscar a Dios”.

La primera es la vanidad, en relación a la cual el obispo de Roma hizo referencia a las advertencias de Jesús contenidas en el Evangelio de Mateo (Mt 6, 3-5; 16-17). Y esto, destacó, “lo dice sobre todo a los dirigentes, que querían hacerse ver, porque les gustaba –para decir la palabra justa– darse importancia. Y se comportaban como auténticos pavos reales. Pero Jesús dice: no, esto no funciona. La vanidad no hace bien”.

Algunas veces también “nosotros hacemos cosas buscando sobresalir” por vanidad. Pero, advirtió el Pontífice, la vanidad es peligrosa porque puede hacernos resbalar hacia el orgullo, la soberbia. Y cuando sucede esto, “todo se acaba”. Por ello, sugirió, siempre debemos preguntarnos: “¿Cómo hago las cosas? Las cosas buenas que hago, ¿las hago a escondidas o para que me vean?”. Y si Jesús dice esto a los dirigentes, a los jefes, es como si “lo dijese a nosotros, a nosotros pastores. Un pastor que es vanidoso no hace bien al pueblo de Dios”. A esos dirigentes de los que habla Jesús en el Evangelio les gustaba vestirse con trajes de lujo, destacó entre otras cosas el Papa. Y confesó que cuando ve “a un pastor, a un sacerdote, a un obispo que va por la calle vestido majestuosamente, como si fuese a una fiesta mundana”, se pregunta: “¿Qué piensa la gente de esto? Que ese pastor no sigue a Jesús; sea sacerdote u obispo, no sigue a Jesús. Luego le sigue un poco pero le gusta la vanidad”.

Esta es una de las cosas que Jesús reprocha. Y del mismo modo reprende a quien busca el poder. “Algunos siguen a Jesús porque inconscientemente buscan el poder”, explicó el Santo Padre. Y recordó las peticiones de Juan y Santiago, los hijos de Zebedeo, que querían un sitio de poder cuando llegase el reino prometido. “En la Iglesia hay trepadores, y son muchos...”, comentó el Papa. Pero sería mejor, añadió, que fuesen “hacia el norte e hicieran alpinismo. Y más sano. Pero no vengan a la Iglesia para trepar”. Jesús, recordó también, “reprende a esos trepadores que buscan el poder. A Santiago y a Juan, a quienes tanto quería, que buscaban el poder, les dijo: pero vosotros no sabéis lo que pedís, no lo sabéis”.

El deseo de poder por parte de los discípulos de Jesús, recordó una vez más el Santo Padre, se prolongó hasta el último instante, hasta el momento en el que Jesús estaba a punto de subir al cielo. Ellos pensaban que estaba casi llegando el momento del reino y su pregunta al Señor era: “¿Ahora llega el reino, el momento de nuestro poder?”. Sólo cuando descende sobre ellos el Espíritu Santo,

explicó, los discípulos comprenden y cambian de actitud. En nuestra vida cristiana, sin embargo, “el pecado –destacó el obispo de Roma– permanece. Y por ello nos hará bien hacernos la pregunta: ¿cómo sigo yo a Jesús? ¿Sólo por Él, incluso hasta la cruz, o busco el poder y uso a la Iglesia, a la comunidad cristiana, a la parroquia, a la diócesis para tener un poco de poder?”.

La tercera cuestión “que nos aleja de la rectitud de intención es el dinero”. Están, en efecto, “los que siguen a Jesús por el dinero –afirmó sin medias tintas el Papa– y con el dinero. Buscan aprovecharse económicamente de la parroquia, de la diócesis, de la comunidad cristiana, del hospital, del colegio... Esta tentación existió desde el inicio. Y hemos conocido muchos buenos católicos, buenos cristianos, amigos, bienhechores de la Iglesia, incluso con varias honorificencias, muchas. Y que luego se descubrió que hicieron negocios un poco oscuros. Eran auténticos especuladores e hicieron mucho dinero. Se presentaban como bienhechores de la Iglesia, pero acumulaban mucho dinero y no siempre era dinero limpio”.

Y aquí el Santo Padre repitió las preguntas: “¿Cómo sigo yo a Jesús? ¿Hay vanidad en mi seguimiento de Jesús? ¿Hay deseo de poder? ¿Hay deseo de dinero? Nos hará bien –exhortó– examinar un poco nuestro corazón, nuestra conciencia sobre la rectitud de intención en el seguimiento de Jesús. ¿Lo sigo sólo por Él? Y este es el camino de la santidad. ¿O lo sigo por Él pero también para tener alguna ventaja para mí?”. Y esto no es cristiano. Por lo tanto, concluyó, “pidamos al Señor la gracia de enviarnos el Espíritu Santo para seguirlo con rectitud de intención: sólo por Él, sin vanidad, sin deseo de poder, y sin deseo de dinero”.

Del estupor al poder

20 de abril de 2015

El cristiano debe cuidarse de la «tentación» de pasar del «estupor religioso del encuentro con el Señor» al cálculo para aprovecharse de ello con el fin de obtener poder, cediendo de ese modo al espíritu de mundanidad. Es la recomendación del Papa Francisco durante la misa que celebró el lunes 20 de abril en la capilla de la Casa Santa Marta.

Su reflexión se inspiró en los textos propuestos por la liturgia. En particular el pasaje evangélico de san Juan (Jn 6, 22-29) que relata cómo la multitud, por interés material, buscaba a Jesús después de la multiplicación de los panes y los peces. El Evangelio, recordó el Papa, «dice que, después del ayuno y las tentaciones en el desierto, Jesús estaba lleno de la fuerza del Espíritu y comenzó a predicar». Así «fue a Nazaret, donde se había criado». Y «allí anuncia su misión con ese pasaje del profeta Isaías: “El Espíritu del Señor está sobre mí y me ha consagrado con la unción para llevar la buena noticia a los pobres, a los prisioneros la liberación, a los ciegos la vista, a los oprimidos la libertad, y anunciar el año de gracia del Señor”».

Precisamente «este -afirmó el Papa Francisco- era su programa, esta era su misión». Jesús concluye su discurso diciendo: «Hoy se cumple esta Escritura». Así, pues, inicia su misión con el anuncio. Luego «comienza a hacer los milagros, los signos, las curaciones: esas curaciones que la gente contemplaba» y así «creía en Él y le llevaban a los enfermos». Pero «Jesús hacía esto porque era su misión». He aquí, entonces, «otro pasaje, las catequesis de Jesús: que enseñaba al pueblo con las bienaventuranzas, con muchas parábolas».

Así, destacó el Papa, «vemos tres pasos: el anuncio de su misión, su trabajo de traer la salud, el bien, la curación, y las catequesis». Y «la gente lo seguía y decía: “Nunca hemos escuchado a un

hombre hablar así”». En realidad, reconocían que hablaba «como uno que tiene autoridad, esa fuerza del Espíritu que tenía Jesús».

El Evangelio, continuó el Papa Francisco, nos dice luego que «un día la gente siguió a Jesús y permaneció todo el día escuchando sus catequesis». Pero Él «se dio cuenta de que tenían hambre y todos conocemos como acaba esa historia: había sólo cinco panes y Jesús multiplica los panes y la gente se maravilla». Así, pues, «los milagros de Jesús, sus palabras, conducían a la gente al estupor», hasta hacerles decir: «¡Este hombre es el profeta, es el hombre de Dios!».

Pero esas mismas personas, y esta es la reflexión del Pontífice, «después de haber comido hasta saciarse, comienzan a sentir otra cosa». Y así se dicen: «Aprovechemos a este hombre, aprovechémonos bien, convirtámoslo en rey». En realidad, «del estupor religioso se deslizan hacia el poder». Pero «Jesús se marcha solo al monte», recordó el Papa refiriéndose expresamente al Evangelio de la liturgia. Y «esta gente lo busca al día siguiente y no lo encuentra, pero hace cálculos». Y dice: «No subió a la barca, pues hay sólo una barca aquí, no comprendemos bien». Al final «lo encuentran en la otra parte del mar».

Y cuando ve a toda esa gente que va a su encuentro, «Jesús la recibe con mucha bondad». Le preguntan: «Maestro, ¿cuándo has venido aquí?». Y Él, siempre «con gran bondad, les responde: “En verdad, en verdad os digo: me buscáis no porque habéis visto signos -como si dijese, no por el estupor religioso que te lleva a adorar a Dios-, sino porque comisteis pan hasta saciaros”». En esencia, les dijo: «Vosotros me buscáis por intereses materiales». Y así «corrige esta actitud».

Una actitud, sin embargo, que «se repite en los Evangelios», destacó el Papa Francisco. Son «muchos los que siguen a Jesús por interés», incluso «entre sus apóstoles», como «los hijos de Zebedeo que querían ser primer ministro y el otro ministro de economía: tener el poder».

Por lo tanto, puso en guardia el Papa, «esa unción de llevar la buena noticia a los pobres, la liberación a los cautivos, la vista a los ciegos, la libertad a los oprimidos y anunciar un año de gracia, al llegar a ser algo sombrío se pierde y se transforma en algo relacionado con el poder». Y también «el día de la Ascensión pasó lo mismo», cuando los apóstoles preguntan: «¿Es este el tiempo en el cual reconstruirás el reino de Israel?». En definitiva, explicó el Pontífice, «siempre estuvo esa tentación de pasar de ese estupor religioso -esa es la palabra- que Jesús nos da en el encuentro con nosotros, a llegar a aprovecharnos de ello».

Por lo demás, «esta fue también la propuesta del diablo a Jesús en las tentaciones: una sobre el pan, precisamente; la otra sobre el espectáculo». Es decir: «Hagamos un buen espectáculo, así toda la gente creerá en ti». Y luego la tercera tentación, «la apostasía, es decir, la adoración de los ídolos». Y «esta es una tentación de cada día de los cristianos, nuestra, de todos nosotros que somos la Iglesia: la tentación no del poder, del poder del Espíritu, sino la tentación del poder mundano». Así «se cae en esa tibieza religiosa que te lleva a la mundanidad, esa tibieza que acaba cuando crece, crece, crece, en esa actitud que Jesús llama hipocresía». De tal modo que llega a decir a los discípulos: «Cuidaos de la levadura de los fariseos, de los doctores de la ley». O sea, «levadura, pan: cuidaos de eso, que es la hipocresía».

De este modo, en efecto, se acaba siendo «cristiano de nombre, de actitud externa, pero el corazón está en el interés». Al respecto, el Papa repitió las palabras de Jesús a la multitud que lo seguía, descritas por san Juan en su Evangelio: «En verdad, en verdad os digo: me buscáis no porque habéis visto signos, sino porque comisteis pan hasta saciaros». Precisamente «esta es nuestra tentación cotidiana: deslizarse hacia la mundanidad, hacia los poderes y así se debilita la fe, la misión. Se debilita la Iglesia».

Pero el Señor, aseguró el Papa, «nos despierta con el testimonio de los santos, con el testimonio de los mártires que cada día nos anuncian que ir por el camino de Jesús es su misión: anunciar el año de gracia». El Evangelio dice que «la gente entiende la amonestación de Jesús» y por eso le pregunta: «Y ¿qué tenemos que hacer para realizar las obras de Dios?». Jesús les responde: «Esta es la obra de Dios: que creáis en Aquel que ha enviado». Es decir, «la fe en Él, sólo en Él; la confianza en Él y no en otras cosas que nos llevarán, al final, lejos de Él».

Antes de proseguir con la celebración, «con Él presente sobre el altar», el Papa Francisco pidió al Señor en la oración «que nos dé esa gracia del estupor del encuentro y que nos ayude a no caer en el espíritu de mundanidad, es decir, ese espíritu que detrás o bajo un barniz de cristianismo nos llevará a vivir como paganos».

BENEDICTO XVI – Ángelus 2012

Acoger el plan de Dios

Queridos hermanos y hermanas:

En la liturgia de la Palabra de este domingo prosigue la lectura del capítulo sexto del Evangelio de san Juan. Nos encontramos en la sinagoga de Cafarnaúm donde Jesús está pronunciando su conocido discurso después de la multiplicación de los panes. La gente había tratado de hacerlo rey, pero Jesús se había retirado, primero al monte con Dios, con el Padre, y luego a Cafarnaúm. Al no verlo, se había puesto a buscarlo, había subido a las barcas para alcanzar la otra orilla del lago y por fin lo había encontrado. Pero Jesús sabía bien el porqué de tanto entusiasmo al seguirlo y lo dice también con claridad: «Me buscáis no porque habéis visto signos (porque vuestro corazón quedó impresionado), sino porque comisteis pan hasta saciaros» (v. 26). Jesús quiere ayudar a la gente a ir más allá de la satisfacción inmediata de sus necesidades materiales, por más importantes que sean. Quiere abrir a un horizonte de la existencia que no sea simplemente el de las preocupaciones diarias de comer, de vestir, de la carrera. Jesús habla de un alimento que no perece, que es importante buscar y acoger. Afirma: «Trabajad no por el alimento que perece, sino por el alimento que perdura para la vida eterna, el que os dará el Hijo del hombre» (v. 27).

La muchedumbre no comprende, cree que Jesús pide observar preceptos para poder obtener la continuación de aquel milagro, y pregunta: «¿Qué tenemos que hacer para realizar las obras de Dios?» (v. 28). La respuesta de Jesús es clara: «La obra de Dios es esta: que creáis en el que él ha enviado» (v. 29). El centro de la existencia, lo que da sentido y firme esperanza al camino de la vida, a menudo difícil, es la fe en Jesús, el encuentro con Cristo. También nosotros preguntamos: «¿Qué tenemos que hacer para alcanzar la vida eterna?». Y Jesús dice: «Creed en mí». La fe es lo fundamental. Aquí no se trata de seguir una idea, un proyecto, sino de encontrarse con Jesús como una Persona viva, de dejarse conquistar totalmente por él y por su Evangelio. Jesús invita a no quedarse en el horizonte puramente humano y a abrirse al horizonte de Dios, al horizonte de la fe. Exige sólo una obra: acoger el plan de Dios, es decir, «creer en el que él ha enviado» (cf. v. 29). Moisés había dado a Israel el maná, el pan del cielo, con el que Dios mismo había alimentado a su pueblo. Jesús no da algo, se da a sí mismo: él es el «pan verdadero, bajado del cielo», él la Palabra viva del Padre; en el encuentro con él encontramos al Dios vivo.

«¿Qué tenemos que hacer para realizar las obras de Dios?» (v. 28) pregunta la muchedumbre, dispuesta a actuar, para que el milagro del pan continúe. Pero Jesús, verdadero pan de vida que sacia nuestra hambre de sentido, de verdad, no se puede «ganar» con el trabajo humano; sólo viene a nosotros como don del amor de Dios, como obra de Dios que es preciso pedir y acoger.

Queridos amigos, en los días llenos de ocupaciones y de problemas, pero también en los de descanso y distensión, el Señor nos invita a no olvidar que, aunque es necesario preocuparnos por el pan material y recuperar las fuerzas, más fundamental aún es hacer que crezca la relación con él, reforzar nuestra fe en Aquel que es el «pan de vida», que colma nuestro deseo de verdad y de amor. Que la Virgen María, en el día en que recordamos la dedicación de la basílica de Santa María la Mayor en Roma, nos sostenga en nuestro camino de fe.

DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino

CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

Los signos eucarísticos del pan y del vino

1333 En el corazón de la celebración de la Eucaristía se encuentran el pan y el vino que, por las palabras de Cristo y por la invocación del Espíritu Santo, se convierten en el Cuerpo y la Sangre de Cristo. Fiel a la orden del Señor, la Iglesia continúa haciendo, en memoria de él, hasta su retorno glorioso, lo que él hizo la víspera de su pasión: “Tomó pan...”, “tomó el cáliz lleno de vino...”. Al convertirse misteriosamente en el Cuerpo y la Sangre de Cristo, los signos del pan y del vino siguen significando también la bondad de la creación. Así, en el ofertorio, damos gracias al Creador por el pan y el vino (cf Sal 104,13-15), fruto “del trabajo del hombre”, pero antes, “fruto de la tierra” y “de la vid”, dones del Creador. La Iglesia ve en el gesto de Melquisedec, rey y sacerdote, que “ofreció pan y vino” (Gn 14,18) una prefiguración de su propia ofrenda (cf MR, Canon Romano 95).

1334 En la Antigua Alianza, el pan y el vino eran ofrecidos como sacrificio entre las primicias de la tierra en señal de reconocimiento al Creador. Pero reciben también una nueva significación en el contexto del Éxodo: los panes ácidos que Israel come cada año en la Pascua conmemoran la salida apresurada y liberadora de Egipto. El recuerdo del maná del desierto sugerirá siempre a Israel que vive del pan de la Palabra de Dios (Dt 8,3). Finalmente, el pan de cada día es el fruto de la Tierra prometida, prenda de la fidelidad de Dios a sus promesas. El “cáliz de bendición” (1 Co 10,16), al final del banquete pascual de los judíos, añade a la alegría festiva del vino una dimensión escatológica, la de la espera mesiánica del restablecimiento de Jerusalén. Jesús instituyó su Eucaristía dando un sentido nuevo y definitivo a la bendición del pan y del cáliz.

1335 Los milagros de la multiplicación de los panes, cuando el Señor dijo la bendición, partió y distribuyó los panes por medio de sus discípulos para alimentar la multitud, prefiguran la sobreabundancia de este único pan de su Eucaristía (cf. Mt 14,13-21; 15, 32-29). El signo del agua convertida en vino en Caná (cf Jn 2,11) anuncia ya la Hora de la glorificación de Jesús. Manifiesta el cumplimiento del banquete de las bodas en el Reino del Padre, donde los fieles beberán el vino nuevo (cf Mc 14,25) convertido en Sangre de Cristo.

1336 El primer anuncio de la Eucaristía dividió a los discípulos, igual que el anuncio de la pasión los escandalizó: “Es duro este lenguaje, ¿quién puede escucharlo?” (Jn 6,60). La Eucaristía y la cruz son piedras de tropiezo. Es el mismo misterio, y no cesa de ser ocasión de división. “¿También vosotros queréis marcharos?” (Jn 6,67): esta pregunta del Señor, resuena a través de las edades, invitación de su amor a descubrir que sólo él tiene “palabras de vida eterna” (Jn 6,68), y que acoger en la fe el don de su Eucaristía es acogerlo a él mismo.

La vida en Cristo

1691 “Cristiano, reconoce tu dignidad. Puesto que ahora participas de la naturaleza divina, no degeneres volviendo a la bajeza de tu vida pasada. Recuerda a qué Cabeza perteneces y de qué Cuerpo eres miembro. Acuérdate de que has sido arrancado del poder de las tinieblas para ser trasladado a la luz del Reino de Dios” (S. León Magno, serm. 21, 2-3).

1692 El Símbolo de la fe profesa la grandeza de los dones de Dios al hombre por la obra de su creación, y más aún, por la redención y la santificación. Lo que confiesa la fe, los sacramentos lo comunican: por “los sacramentos que les han hecho renacer”, los cristianos han llegado a ser “hijos de Dios” (Jn 1,12; 1 Jn 3,1), “partícipes de la naturaleza divina” (2 P 1,4). Reconociendo en la fe su nueva dignidad, los cristianos son llamados a llevar en adelante una “vida digna del Evangelio de Cristo” (Flp 1,27). Por los sacramentos y la oración reciben la gracia de Cristo y los dones de su Espíritu que les capacitan para ello.

1693 Cristo Jesús hizo siempre lo que agradaba al Padre (cf Jn 8,29). Vivió siempre en perfecta comunión con él. De igual modo sus discípulos son invitados a vivir bajo la mirada del Padre “que ve en lo secreto” (cf Mt 6,6) para ser “perfectos como el Padre celestial es perfecto” (Mt 5,48).

1694 Incorporados a Cristo por el bautismo (cf Rom 6,5), los cristianos están “muertos al pecado y vivos para Dios en Cristo Jesús” (Rom 6,11), participando así en la vida del Resucitado (cf Col 2,12). Siguiendo a Cristo y en unión con él (cf Jn 15,5), los cristianos pueden ser “imitadores de Dios, como hijos queridos y vivir en el amor” (Ef 5,1), conformando sus pensamientos, sus palabras y sus acciones con “los sentimientos que tuvo Cristo” (Flp 2,5) y siguiendo sus ejemplos (cf Jn 13,12-16).

1695 “Justificados en el nombre del Señor Jesucristo y en el Espíritu de nuestro Dios” (1 Co 6,11), “santificados y llamados a ser santos” (1 Co 1,2), los cristianos se convierten en “el templo del Espíritu Santo” (cf 1 Co 6,19). Este “Espíritu del Hijo” les enseña a orar al Padre (cf Gál 4,6) y, haciéndose vida en ellos, les hace obrar (cf Gal 5,25) para dar “los frutos del Espíritu” (Gal 5,22) por la caridad operante. Curando las heridas del pecado, el Espíritu Santo nos renueva interiormente por una transformación espiritual (cf Ef 4,23), nos ilumina y nos fortalece para vivir como “hijos de la luz” (Ef 5,8), “por la bondad, la justicia y la verdad” en todo (Ef 5,9).

1696 El camino de Cristo “lleva a la vida”, un camino contrario “lleva a la perdición” (Mt 7,13; cf Dt 30,15-20). La parábola evangélica de los dos caminos está siempre presente en la catequesis de la Iglesia. Significa la importancia de las decisiones morales para nuestra salvación. “Hay dos caminos, el uno de la vida, el otro de la muerte; pero entre los dos, una gran diferencia” (Didajé, 1,1).

RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)

La fe y la duda

La última vez hemos comentado el milagro de la multiplicación de los panes y de los peces. Pensándolo bien, este milagro se repite cada vez que, como ahora, explicamos el Evangelio. Las reflexiones preparadas son como los cinco panes de cebada de aquel niño. La comunicación oral o escrita realiza el milagro de multiplicarlas y hacerlas llegar a muchas personas. La de ser escuchada a la vez por muchos, sin siquiera partirse o disminuir, es una característica de la palabra. Es más, yo espero que, también después de esta multiplicación del pan de la palabra, vengan recogidos «los pedazos sobrantes»: esto es, que algo de lo que cada uno ha entendido pueda, a través de él, llegar igualmente a quien no estaba presente.

Ahora dediquemos toda nuestra atención al Evangelio de hoy. Antes de todo, un poco de ambientación geográfica. Inmediatamente después de la multiplicación de los panes, para huir del entusiasmo popular, Jesús se traslada con los apóstoles a la otra orilla del lago. La gente, sin embargo, no se da por vencida; algunos suben a las barcas y lo alcanzan. Aquí, precisamente en la sinagoga de Cafarnaún, está ambientado el largo discurso de Jesús sobre el pan de vida, del que el fragmento de hoy constituye su comienzo.

Jesús entiende de inmediato que aquella gente le busca, sobre todo, «no porque habéis visto signos, sino porque comisteis pan hasta saciaros». Ha permanecido inalterable el signo, sin encumbrarse al significado. No le buscan a él, sino sus milagros. Todo lo que sigue del discurso no es más que un paciente esfuerzo por parte de Jesús para ayudarles a ascender al otro pan, el que «baja del cielo, para que quien lo coma no muera» (Juan 6, 50) Y que es él mismo, con su palabra y su vida:

«Trabajad, no por el alimento que perece, sino por el alimento que perdura para la vida eterna, el que os dará el Hijo del hombre».

A la pregunta de la gente: «Y, ¿qué obras tenemos que hacer para trabajar en lo que Dios quiere?», responde Jesús con una palabra muy importante, sobre la que queremos centrar nuestra atención:

«La obra que Dios quiere es ésta: que creáis en el que él ha enviado».

Con esta afirmación Jesús pone la fe en su persona como la plataforma de todo el discurso, que está a punto de hacer. No tiene sentido hablar de la Eucaristía, si no se reconoce en Jesús al Hijo de Dios y al pan bajado del cielo, que da la vida a los hombres. Sin esta fe, la Eucaristía o llega a ser un rito mágico, con el que se piensa agraciarse a la divinidad y obtener ventajas materiales, o se hunde en una comida sagrada y fraterna en honor de la divinidad, sin real comunión con ella. La Eucaristía, como viene proclamado en cada Misa, es ante todo el «misterio de nuestra fe». Jesús puede estar real y corporalmente presente en el altar; pero, si yo no tengo fe, para mí es como si no estuviese. Es como si una orquesta interpretase una música maravillosa ante un hombre completamente sordo.

Pero, en esta ocasión, yo no quiero hablar tanto de la fe en sí misma, cuanto más bien de su enemigo u obstáculo, que es la duda. Nos invita a hacerlo la historia de uno de los más conocidos milagros eucarísticos, el de Bolsena, cuyas reliquias se conservan hoy en Orvieto (Italia). Un sacerdote bohemio, en viaje hacia Roma, durante una parada en Bolsena, al celebrar la Misa es asaltado de dudas sobre la real presencia de Cristo en el pan y en el vino, y viene milagrosamente liberado de ello por Cristo, que transforma la hostia, que tiene en la mano, en carne viva, de la que se derrama sangre.

Aquel sacerdote no debió ser el primero y ni siquiera el último en tener que luchar contra la duda. He aquí un caso: «Tengo cincuenta y cinco años y desde niño he creído siempre y creo firmemente en Dios, creo en Jesucristo y en su doctrina. Durante mi vida nunca he dejado la Misa festiva y la comunión; ésta, quizás, no muy frecuente. Busco comportarme como un cristiano bien sea en la familia como en el trabajo y en la sociedad. Entonces, ¿dónde está el problema? El problema está en dudar de la divinidad de Cristo. Cada vez que recito el Credo en la Misa, debo siempre esforzarme en pronunciar las palabras incluidas en él y desviar un poco el pensamiento. Es ésta una situación que me pesa mucho. Ahora, en verdad, estoy en dificultades y últimamente he dejado del todo de comulgar».

Todo esto me empuja, os decía, a tratar esta vez el delicado tema de la duda, que acompaña frecuentemente a la fe, como a su sombra. La duda es una palabra ambigua; puede tener dos significados bastante distintos: uno positivo y uno negativo. Es algo negativo cuando hace a la persona titubeante, «dudosa», incapaz de tomar cualquier decisión sospechosa, hasta el punto de no fiarse de nadie. Es, por el contrario, signo de rectitud y honestidad mental, por lo tanto algo positivo, cuando empuja a no tener o tomar por cierto durante un tiempo lo que no lo es. Después de Descartes, que ha teorizado la «duda metódica», en nuestros días, el mayor riesgo es el de idealizar la duda, hasta acusar de dogmatismo a una persona por el solo hecho de que tiene convicciones. La duda, también la buena, puede llegar a ser un fingimiento y, entonces, ya no es buena. Es un signo igual de estúpido tanto el no dudar de nada como el dudar de todo.

Pero, dejemos aparte todo esto y busquemos descubrir cuándo la duda es mala en las cosas de fe y cuándo, por el contrario, no lo es. Es mala cuando es fruto de la ignorancia y de la pereza; esto es, cuando uno, si quisiera, podría fácilmente profundizar en el problema, instruirse y resolver su duda; pero, no lo hace. Es mala, sobre todo, cuando nace del miedo a la verdad. La verdad, una vez hallada, te obliga a tomar decisiones, a actuar en consecuencia; mientras que con la duda puedes siempre remitir las cosas para más tarde y aceptar entonces el compromiso. La duda llega a ser, en este caso, una excusa para el trabajo y una cobertura para la pereza.

Por el contrario, la duda no es culpable cuando (como en el caso ahora apenas recordado) se quisiera creer y no llegar a tener dudas; y, por el contrario, se está asaltado por ellas; cuando la duda no es cultivada, sino sufrida. En este caso, la duda no sólo no excluye la fe, sino que la fortifica y la purifica. El viento, si no apaga la llama de una antorcha, la robustece. Forma parte de la misma naturaleza de la fe estar expuesta a la posibilidad de la duda. Es lo que la hace más humana y más meritoria. También, los grandes santos han debido luchar contra las dudas y las tentaciones sobre la fe. Santa Teresita del Niño Jesús experimentó esta prueba terrible, que se llama «la noche oscura de la fe». «Cuando canto la felicidad del cielo y la posesión eterna de Dios, decía, no canto lo que siento, sino lo que quiero creer». Querer creer es creer ya. Frecuentemente, es la única forma de fe que depende de nosotros.

Dios, que lee en lo profundo del corazón, sabe distinguir bien cuándo la duda es cultivada y cuándo, por el contrario, es sufrida; cuándo es una falta de fe y cuándo es sólo una tentación contra ella. Para aquel sacerdote bohemio, se realizó el milagro eucarístico; y fue porque se sabía que él buscaba sinceramente la verdad. Con el milagro, Dios no quiso castigar o confundir a aquel pobre sacerdote sino ayudarlo y, a la vez, con él, ayudar a tantos otros. Si pensamos que fue precisamente a continuación de aquel prodigio por lo que al año siguiente, en 1264, fue instituida la fiesta del Corpus Christi nos va bien poder exclamar: «¡Oh feliz duda, que nos ha procurado tanto bien!»

No es necesario, por lo tanto, abstenerse de acercarnos a la comunión sólo por este hecho. Fue precisamente del contacto con el Resucitado, poniendo el dedo en sus llagas, por lo que el apóstol Tomás pudo superar sus dudas y gritar: «Señor mío y Dios mío» (Juan 20, 28). Si, por lo tanto, no se está dispuesto a recitar el Credo de cabo a rabo, sin dudas y tentaciones, o a acercarse a la comunión con toda la fe, que se quisiera, no nos debemos angustiar, sino más bien orar como aquel hombre del Evangelio, que decía: «¡Creo, pero ayuda a mi poca fe!» (cfr. Marcos 9, 24).

Sobre el tema del «credo» yo quisiera, antes de terminar, señalar alguna pregunta, que alguno justamente se plantea. ¿Por qué en el Credo decimos: «Creo en un solo bautismo» y no decimos «Creo en la Eucaristía»? Si la Eucaristía es tan esencial para nosotros los cristianos, ¿por qué no se hace mención de ella en el Credo? El motivo es sencillo. Porque, en la época, en que fue compuesto el Credo, no existían contestaciones o herejías sobre la Eucaristía, mientras que sí existían sobre el

bautismo (algunos, contrariamente a la praxis común de la Iglesia, pensaban que era necesario rebautizar a los que habían sido bautizados por cismáticos). El Credo, sobre todo, se ha formado para combatir los errores. Ciertamente, no nos disgustaría igualmente a nosotros encontrar mencionada asimismo a la Eucaristía en él. Pero, si no está escrita en el Credo, impreso sobre papel, podemos siempre, sí, hacer que esté escrita en el «credo» impreso en nuestro corazón.

FLUVIUM (www.fluvium.org)

Vivir las obras de Dios

Jesús es la franqueza misma. Ese amor suyo a la verdad, que –bien es sabido– le condujo hasta la muerte, queda manifiesto asimismo en el pasaje que recuerda san Juan en su evangelio y hoy nos ofrece la Iglesia. **Vosotros me buscáis no por haber visto los signos, sino porque habéis comido los panes y os habéis saciado.** A Jesucristo no le engañaban; no era amor a su Persona lo que despertaba entusiasmo en cuantos le seguían, ni el reconocimiento en Él de un poder y majestad hasta entonces nunca vistos. Algo tan vulgar como el hambre o, muy posiblemente, la posibilidad inconfesable de hartarse sin esfuerzo arrastraba a casi todos a seguirle en aquellos días.

Reaccionan algunos ante el divino reproche, como si de modo natural tuvieran incorporado el convencimiento de que no es bueno tanto interés por las propias cosas. Ven, con evidencia, que han de servir a su Creador: **¿Qué debemos hacer para realizar las obras de Dios?**, le preguntan. Se les había manifestado en un instante, con nítida claridad, que su primera y decisiva obligación era configurar la propia existencia según el proyecto original que sólo Dios –Creador del hombre– había determinado. **Las obras de Dios**; llevar a cabo en cada instante lo que Dios quiere, como Dios quiere. Se trata, muy posiblemente, de realizar lo mismo de siempre: esa ocupación habitual, ordinaria, que nos corresponde en función de la familia, del trabajo, de la relación habitual con la gente, incluso en los momentos del necesario descanso y la diversión. Todo eso como Dios manda.

Enseña Nuestro Señor que no cualquier modo de comportarse es grato a Dios, por mucho que sea libre y pacíficamente escogido por el hombre, incluso con gusto. Con frecuencia, en efecto, como sucedía con aquellas multitudes anónimas e interesadas con frecuencia que seguían a Jesús, los hombres podemos actuar sin el necesario referente divino, único sentido que puede hacer digno del hombre nuestro quehacer. Por satisfacer un apetito; por desarrollar una capacidad; por cumplir un deber humano, el que sea; por el propio bienestar o el de los nuestros... Son motivos, nobles todos ellos, pero insuficientes para nosotros, los hombres, habiendo sido capacitados en nuestro mismo origen para la Gloria de Dios: tenemos capacidad para dar gloria de Dios y, por voluntad suya, como hijos adoptivos por Jesucristo, también somos capaces de participar en su propia Gloria.

Lo anterior no es sino consecuencia inmediata de la respuesta de Jesús a la pregunta que acabamos recordar. **Ellos le preguntaron:**

—¿Qué debemos hacer para realizar las obras de Dios?

Jesús les respondió:

—Ésta es la obra de Dios: que creáis en quien Él ha enviado.

Quien Él ha enviado es Jesucristo, el propio Jesús de Nazaret, el Hijo de María Santísima, el mismo que les hablaba, y venía insistiéndoles de mil modos y demostrado su divinidad con innumerables milagros.

La fe en Jesucristo es lo primero e imprescindible para la santidad. Que Jesús es Dios, está claro por la fe; pero, como consecuencia, sus palabras, sus enseñanzas, nos son imprescindibles para la salvación. **Tú tienes palabras de vida eterna**, confesó Pedro, y Jesús le confirmó la afirmación. Lo único que nos puede salvar es vivir de acuerdo con su doctrina. Así, pues, la obra de Dios que hemos de llevar a cabo es siempre la misma. Y consiste en hacer que nuestra vida, cualquiera que sea su condición o situación, nuestra edad o estado, discorra de acuerdo con el Evangelio. El criterio de todo quehacer, será el de Dios, si queremos ser santos, es decir, el de **quien Él ha enviado**.

Es muy posible que una tendencia espontánea, consecuencia más bien animal de procurar el mínimo esfuerzo, el mayor confort, el quedar bien ante los demás..., nos lleve a pensar sólo en nuestras cosas, sin referencia alguna a Dios ni al plano sobrenatural que es el propio del hombre por creación. De ese modo nada más se cuenta con la propia capacidad y sólo se aspira a objetivos que, por elevados que sean, no pasan de ser mundanos. Jesús, en cambio, anuncia otra vida. Otro orden superior de existencia, que ha sido establecido por Dios para el hombre: con un alimento **que perdura hasta la vida eterna, el que os dará el Hijo del Hombre**, asegura.

—Señor, danos siempre de este pan, acabaron por pedirle.

Jesús les respondió:

—**Yo soy el pan de vida; el que viene a mí no tendrá hambre, y el que cree en mí no tendrá nunca sed.**

¿Sabemos nosotros alzar la mirada de lo inmediato y meramente interesante para cada uno, y contemplar también —y sobre todo— en lo cotidiano la permanente ocasión de amar a Dios que, al cumplir su voluntad, se nos ofrece?

Sin duda, la Llena de Gracia contemplaba en cada instante una oportunidad de amar a su Dios. Que, como Ella, no queramos dejar pasar esas ocasiones.

PALABRA Y VIDA (www.palabayvida.com.ar)

La Eucaristía y la Trinidad: el Padre

El pasaje evangélico nos ha introducido en lo más vívido del discurso eucarístico de Jesús en la sinagoga de Cafarnaún. Aparentemente, este discurso no hace más que repetir de diversas maneras (sea en positivo, sea en negativo), los mismos conceptos: *Yo soy el pan vivo bajado del cielo, mi carne es verdadera comida. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna*. Es propio del estilo de Juan desarrollar una idea como a través de espirales y repeticiones cíclicas. Sin embargo, si se lo piensa bien, cada espiral tiene un vértice propio y cada repetición presenta una novedad.

El vértice de la perícopa de hoy está dado por la persona del Padre: *No es Moisés el que les dio el pan del cielo; mi Padre les da el verdadero pan del cielo*. Jesús es un pan sobre el cual el Padre ha puesto su sello. Es un principio para desarrollar un aspecto nuevo de la Eucaristía: la Eucaristía y la Trinidad.

Hay un célebre icono ruso —llamado, por su belleza y profundidad teológica, “el icono de los iconos”— que, inspirándose en el episodio del Génesis 18, 1-5 (Abraham que recibe a los tres peregrinos), representa a la Trinidad bajo la forma de tres figuras angélicas muy juveniles, ligeras y esbeltísimas. En su calma profunda, dibujan un movimiento circular, como una copa, mientras que, con los gestos con que se llaman una a la otra, expresan la unidad total que las liga: una se sumerge con la mirada en la otra y se identifica en la otra. Las tres figuras están dispuestas alrededor de una

mesa, sobre la cual hay una copa que contiene la figura de un cordero. Una idea teológica estupenda: ¡la Trinidad está recogida en la Eucaristía y envuelve a la Eucaristía! Las tres personas divinas parecen decir a quien las mira: ¡Sean una sola cosa como nosotros somos una sola cosa! (cfr. Jn. 17, 21).

Hoy nos detenemos en una de estas misteriosas presencias que rodean nuestro altar: **el Padre** (nos referiremos al Espíritu Santo el próximo domingo).

Mi Padre les da el verdadero pan del cielo: la Eucaristía es, por lo tanto, una dádiva del Padre, una dádiva que prolonga la de la Encarnación: Dios amó tanto al mundo como para darnos en la Encarnación (y continuar dándolo en la Eucaristía), a su Hijo unigénito (cfr. Jn. 3, 16). La vida que viene a nosotros en la Eucaristía es la vida que tiene como fuente y principio al Padre, y que a través de Jesucristo se ha derramado en el mundo: *Así como yo, que he sido enviado por el Padre que tiene Vida, vivo por el Padre, de la misma manera, el que me come vivirá por mí* (Jn. 6, 57). En el ofertorio, vueltos hacia Dios Padre, decimos: “De tu bondad hemos recibido este pan”. Ahora sabemos hasta qué punto eso es verdad; es verdad con respecto al pan que ofrecemos, pero también con respecto al pan que recibimos, es decir, la Eucaristía.

La Eucaristía, entonces, viene del Padre. Pero la cosa más importante es esta otra: la Eucaristía conduce al Padre. En la liturgia de la Misa, eso queda destacado por el hecho de que todo tiende hacia el Padre: el Canon es un diálogo en el cual la Iglesia, fortalecida y, por así decirlo, sostenida en pie por el Espíritu Santo, por medio de Jesús se dirige al Padre.

Pero preguntémonos en qué sentido la Eucaristía nos conduce al Padre. Para responder, es necesario saber qué es la Eucaristía. No es “una cosa” que se confecciona y se recibe, como se nos inducía a pensar a veces en años pasados. Esta es una idea estática de la Eucaristía, casi materialista. La Eucaristía –decíamos el domingo pasado– es antes que nada un evento, algo dinámico. En la Eucaristía no hay una cosa, sino que sucede una cosa: un evento que determina, una presencia real personal. ¿Y cuál, es este evento? Jesús que se ofrece todo al Padre en oblación perfecta, dándose en forma concreta a los hombres: *Cristo nos amó y se entregó por nosotros, como ofrenda y sacrificio agradable a Dios* (Ef. 5, 2); definición perfecta e insuperable de la Eucaristía; ella es ofrenda de sí en sacrificio al Padre, pero en beneficio de los hermanos; ¡están todos los elementos!

En el gesto de Jesús, está contenida la obediencia perfecta del Nuevo Adán. Aquel “sí” libre que Dios buscaba desde los días de la creación, sin obtenerlo ni de Adán ni de ningún otro, ahora lo obtiene de Jesús. La voluntad divina encuentra finalmente el pleno cumplimiento en una libertad humana. Como una gota de rocío que cuelga de una flor refleja entera la cúpula del cielo, así la libertad de Jesús abraza todo el deseo del Padre; hay una sintonización perfecta, un canal que se establece entre cielo y tierra, y vuelve a abrir el diálogo entre Dios y el hombre.

Se realiza así la plena complacencia del Padre: *El Padre me ama porque yo doy mi vida* (Jn. 10, 17). La complacencia de Dios que se había interrumpido en el sexto día de la creación, vuelve a aparecer en la tierra. Ella vagaba, por decirlo así, sin tener un lugar donde posarse, como la paloma salida del arca de Noé, porque la tierra estaba sumergida bajo las aguas de la rebelión (“las aguas de Meribá”). Ahora tiene un lugar donde posarse, y de hecho, sobre Jesús, en el Jordán, se posa la paloma y con ella el Espíritu Santo, que es la complacencia del Padre: *Tú eres mi Hijo muy querido, en ti tengo puesta toda mi predilección* (Mc. 1, 11). Se realiza así la nueva creación; el Padre mira y se complace de nuevo; entre cielo y tierra vuelve a aparecer, como después del diluvio, el arco iris de la Alianza.

Pero, atención: ¿por qué se complace en realidad el Padre? ¿Tal vez por el sufrimiento, la sangre y la muerte del Hijo? ¿Sería monstruoso pensarlo! Se complace por el amor que esa muerte demuestra y, por decirlo así, “libera”. *Yo quiero amor y no sacrificios*, dice Dios (Os. 6, 6). El perfume no se libera si no se rompe el vaso de alabastro que lo contiene; pero lo que agrada no es el vaso roto, es el perfume que hay adentro. *Dios* –decía Moisés al pueblo elegido– *te ha humillado y te ha puesto a prueba para saber qué tenías dentro del corazón* (Deut. 8, 2): eso es válido para cualquier prueba proveniente de Dios, incluso para la prueba suprema del hombre-Dios; Dios prueba siempre para sacar lo mejor del corazón del hombre.

Hablábamos de la complacencia del Padre; ella fue de tal magnitud que no logró mantenerla en secreto; ¡estalló en toda su fuerza y fue la Resurrección! El Padre resucitó al Hijo de su muerte; *¡ustedes lo mataron, Dios lo resucitó!* (Hech. 2, 23 ssq.). La Resurrección es justamente esto: la solemne aceptación del Padre, el Amén potente pronunciado sobre el sacrificio del Hijo: Cristo se humilló hasta aceptar por obediencia la muerte... *Por eso, Dios lo exaltó* (Flp. 2, 8 sq.).

Esto fue la Eucaristía-evento, es decir, el evento del cual nació la Eucaristía. Cuando se dice el “misterio pascual”, se entiende sobre todo esto: la obediencia del Hijo llevada hasta la muerte y la complacencia del Padre llevada hasta la Resurrección.

La Eucaristía-sacramento es el rito que representa, o celebra (como dice san Agustín) aquel evento. En el pasado, se decía “renueva” el evento, pero este verbo ahora parece demasiado fuerte, susceptible de oscurecer el carácter único e irrepetible del sacrificio de la cruz. Muy expresivo resulta, por el contrario, el verbo “actualiza”; éste expresa la fuerza que el sacramento posee de volver actual, de hoy, la obediencia de Cristo y la complacencia de Dios. Los eventos, debido a la fuerza espiritual de la memoria eucarística, se vuelven nuestros contemporáneos, o nosotros nos volvemos contemporáneos de los eventos. “¡Nosotros estábamos allí!”, decían los hebreos al recordar el Éxodo en la cena pascual; nosotros estábamos allí, bajo la cruz... El vacío de dos mil años hoy está como anulado. Hoy se eleva desde la tierra la gran obediencia de Jesús, y hoy desciende del cielo la gran complacencia del Padre.

En la Eucaristía nos es dado entrar en aquella zarza ardiente de obediencia y de complacencia; entrar en ella, pero no para salir de allí iguales a como entramos. Cuando se la celebra verdaderamente, nunca se sale “indemnes” de la Eucaristía; ella quema, consume, asimila a Jesús, “contagia”. Nosotros entramos en ese círculo ideal donde cae toda la complacencia del Padre y del cual se eleva toda alabanza: “¡Por Cristo, en la unidad del Espíritu Santo, a ti, Dios Padre omnipotente, todo honor y gloria!”

Justamente, la Eucaristía también es nombrada como *sacrificium laudis*, sacrificio de alabanza. No hay otro camino: nadie va al Padre sino por medio de Jesús, es decir –ahora y en concreto– sino por medio de la Eucaristía. La Eucaristía es la hendidura en la roca. El mundo divino, la Trinidad, es para nosotros una roca impenetrable e inaccesible; pero se ha abierto un paso, una puerta, un costado, y por él hemos accedido a Dios: *Yo soy la puerta. El que entra por mí se salvará, podrá entrar y salir y encontrará su alimento* (Jn. 10, 9). ¡Nuestra vida entra, a escondidas, con Cristo y en Dios! (cfr. Col. 3, 3). El Padre también debe decir sobre nosotros: “¡Tú eres mi hijo muy querido, en ti tengo puesta toda mi predilección!” Y esto porque nos ve como a una unidad con el Hijo.

Sin embargo, no se trata de entrar simplemente en la complacencia del Padre, sino en la comunión con él. Aquí está, éste es el punto culminante de nuestro discurso: la comunión eucarística

es comunión también con el Padre. San Hilario de Poitiers lo ilustra en una página de su tratado sobre la Trinidad (*De Trinitate* 8, 13-16; PL 10, 246-249).

Él expone antes que nada el principio dogmático: en la Eucaristía recibimos la naturaleza divina del Verbo encarnado; pero esta naturaleza es única e indivisible entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. El Hijo la recibió del Padre en su eterna generación. A través del Verbo encarnado, por lo tanto, nosotros “alcanzamos” al Padre. “Nosotros –escribe Hilario– estamos unidos a Cristo, que es inseparable del Padre. Pero aunque permanezca en el Padre, queda unido a nosotros. De esa manera llegamos a la unidad con el Padre. En efecto, Cristo está en el Padre connaturalmente porque es generado por él. Pero, desde cierto punto de vista, también nosotros, a través de Cristo, estamos connaturalmente con el Padre... Él vive en virtud del Padre. Y nosotros vivimos en virtud de su humanidad, así como él vive en virtud del Padre”. La humanidad que Cristo tiene en común con nosotros nos permite entrar en contacto con la divinidad que él tiene en común con el Padre. En este sentido profundo, él es el mediador entre nosotros y Dios.

Este no es un modo sólo teórico de enriquecer nuestra vida eucarística. Comprender la Eucaristía bajo esta luz significa aumentar su eficacia sobre nuestra existencia; en efecto, somos impulsados a transformarnos en eucaristía para el Padre, es decir, a ofrecernos a él en obediencia como hizo Jesús. Obedecer al Padre significa tener en nosotros “los mismos sentimientos” que hubo en Cristo Jesús. Al salir de la celebración eucarística, debe surgir en nosotros espontáneamente decir las palabras Que Jesús –según las Escrituras– pronunció al entrar en el mundo: *Aquí estoy, yo vengo... para hacer, Dios, tu voluntad* (Heb. 10, 7). Aquí estoy, yo vengo: al esfuerzo, al estudio, a los conflictos, al servicio de los hermanos. El cuerpo, es decir, la vida con todos sus recursos y, en primer lugar, la salud, se nos presenta como un medio para hacer la voluntad del Padre, para abrir ante él el vaso de nuestra vida y de allí hacer salir perfume de amor y de obediencia: *Los exhorto por la misericordia de Dios a ofrecerse ustedes mismos como una víctima viva, santa y agradable a Dios* (Rom. 12, 1). Esto nos atrae su complacencia, que es vida para nosotros. La complacencia del Padre tiene un nombre propio: ¡se llama el Espíritu Santo!

Debemos concebir un deseo ardiente: estar en esta Misa, con Jesús, el Cordero inmolado, dentro de aquella copa en el centro de la mesa sobre la cual, en el icono de Rubley, están fijados las miradas dulcísimas y los dedos portadores de la bendición del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)

Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva

“Trabajad no por el alimento que perece, sino por el alimento que perdura para la vida eterna”. El Señor hace un llamamiento a no fatigarse exclusivamente por los bienes materiales de este mundo ya que no pueden colmar las expectativas del corazón del hombre. Cuando la criatura humana se entrega a la adoración del consumo y el bienestar puramente material, el dinero, el poder, el éxito a cualquier precio, se arrodilla ante realidades que son menores que él, somete su corazón a una estafa y su sed de eternidad queda frustrada.

¡Busquemos a Dios! ¡No le demos la espalda cifrando nuestra alegría con los dones con que Él nos ha rodeado en este mundo, lo que representaría una ingratitud y un error! Esos dones no son mayores que nosotros ni más gratificantes que quien los ha creado y nos los ofrece como provisiones para el camino de esta vida cuya meta es el cielo.

Vivir es la máxima aspiración humana. Vivir sin sobresaltos y sin todas esas cosas que hacen fatigosa amarga la existencia. Pero ¿qué entiende ordinariamente el hombre por vivir y vivir con abundancia? La gente, por lo general, piensa que la vida es dichosa cuando se goza de buena salud, cuando se tiene un trabajo no demasiado enojoso y bien retribuido, cuando se tiene un capital importante en un banco y un buen seguro de vida, cuando se dispone de una casita en el campo o en la playa, un buen coche..., y cosas semejantes, cuando todo marcha sobre ruedas, como suele decirse. El Señor no quiere que renunciemos a los bienes que nos ha dado en la vida, lo que desea es que no los pongamos al servicio del egoísmo y la comodidad y, sobre todo, que nos alejen de Él, olvidándole.

No deberíamos entender el cristianismo como enemigo del cuerpo, esto es, de todo lo que es alegría, bienestar... Jesucristo se ha hecho hombre, ha vivido en un cuerpo de carne y hueso como el nuestro. Él se sentó gustoso a la mesa de ricos y pobres, participó en muchas de las fiestas de su pueblo, en una de ellas, en Caná, hizo su primer milagro. Iba bien vestido y se rodeó de colaboradores que no todos eran pobres sino gente que pertenecía a lo que podríamos llamar la burguesía de su tiempo. Sí, Cristo tuvo un cuerpo como el nuestro, lo ha resucitado y se lo ha llevado a la gloria, a la que comparó a un gran banquete de bodas al que se debe asistir de etiqueta. Nadie ha hecho tanto por el cuerpo como Él. Pero quiere que seamos felices no unos años sino toda una eternidad. El pan de esta vida alimenta unos años, el pan de Dios es el que “da la vida al mundo”.

¿Y cómo llegar a tener vida eterna, una felicidad que colme sobreabundante las expectativas humanas? Tratando a Dios en el Pan y en la Palabra: en la Santa Misa y en la escucha atenta de su Palabra *No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que procede de la boca de Dios’, dijo el Señor. –¡Pan y palabra!: Hostia y oración. Si no, no vivirás vida sobrenatural* (S. Josemaría Escrivá).

Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica

“Al vencedor le daré un maná escondido y un nombre nuevo”

Ante las dificultades surgidas en su camino hacia la Tierra Prometida, la ayuda divina no pudo ser más espectacular y eficaz: “Hizo llover sobre ellos carne como una polvareda, y volátiles como la arena del mar”. La sorpresa quedaría definitivamente plasmada en el “nombre” de la nueva ayuda: ¿Qué es esto? (“Manhú”). Así quedó en las mejores tradiciones de Israel: “Hizo llover sobre ellos maná, les dio trigo celeste”.

El discurso que Jesús pronuncia después de la multiplicación de los panes intenta desvelar el profundo significado de lo que ha hecho. Pero el lector advierte en seguida que hay dos niveles: uno, el de las palabras de Jesús; otro, el que la gente quiere entender. Y son paralelos, de modo que no entenderán casi nada. Mientras Jesús habla del “pan que da la vida eterna”, ellos no pasan de entender el pan que dio Moisés en el desierto.

Los contemporáneos de Jesús, con tal de no aceptarlo como Mesías, buscaban mil y una explicaciones para no creer en Él. No lo aceptaban y era por razones religiosas, es decir, comparaban a Jesús con Moisés o con otro y siempre quedaba Jesús por debajo. Hoy las cosas van por otro camino. Se trata de primar la razón positiva para desentrañar cualquier “misterio”. Pero un método así, se cierra él mismo las puertas de la verdad.

– “Sobre esta armonía de los dos Testamentos se articula la catequesis pascual del Señor, y luego la de los Apóstoles y de los Padres de la Iglesia. Esta catequesis pone de manifiesto lo que

permanecía oculto bajo la letra del Antiguo Testamento: el misterio de Cristo. Es llamada catequesis «tipológica», porque revela la novedad de Cristo a partir de «figuras» (tipos) que la anunciaban en los hechos, las palabras y los símbolos de la primera Alianza. Por esta relectura en el Espíritu de Verdad a partir de Cristo, las figuras son explicadas. Así, el diluvio y el arca de Noé prefiguraban la salvación por el Bautismo, y lo mismo la nube, y el paso del mar Rojo; el agua de la roca era la figura de los dones espirituales de Cristo; el maná del desierto prefiguraba la Eucaristía «el verdadero Pan del Cielo» (Jn 6,32)” (1094; cf. 1334).

– El banquete pascual:

“El altar, en torno al cual la Iglesia se reúne en la celebración de la Eucaristía, representa los dos aspectos de un mismo misterio: el altar del sacrificio y la mesa del Señor, y esto, tanto más cuanto que el altar cristiano es el símbolo de Cristo mismo, presente en medio de la asamblea de sus fieles, a la vez como la víctima ofrecida por nuestra reconciliación y como alimento celestial que se nos da. «¿Qué es, en efecto, el altar de Cristo sino la imagen del Cuerpo de Cristo?», dice san Ambrosio (sacr. 5,7), y en otro lugar: «El altar representa el Cuerpo (de Cristo), y el Cuerpo de Cristo está sobre el altar» (sacr. 4,7). La liturgia expresa esta unidad del sacrificio y de la comunión en numerosas oraciones” (1383; cf. 1382).

– Porque este pan y este vino han sido, según la expresión antigua “eucaristizados”, “llamamos a este alimento Eucaristía y nadie puede tomar parte en él si no cree en la verdad de lo que se enseña entre nosotros, si no ha recibido el baño para el perdón de los pecados y el nuevo nacimiento, y si no vive según los preceptos de Cristo” (San Justino, Apol. 1,66,1-2) (1355).

“Se anuncia ya en figura, cuanto fue ofrecido por Isaac, o es tenido como Cordero Pascual, o cuanto se da como maná a nuestros padres” (Himno “Lauda Sion”).

HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)

El alimento de la Nueva Vida.

– **El maná, símbolo y figura de la Sagrada Eucaristía, verdadero alimento del alma.**

I. Dice el Señor: Yo soy el Pan de Vida. El que viene a Mí no pasará hambre. Y el que cree en Mí nunca pasará sed¹.

Después del milagro de la multiplicación de los panes y de los peces, la multitud, entusiasmada, busca de nuevo a Jesús. Cuando vieron que no estaba allí, ni tampoco sus discípulos, subieron a las barcas y fueron a Cafarnaún. Allí, en la sinagoga –nos indica San Juan en el Evangelio de la Misa²–, tendrá lugar la revelación de la Sagrada Eucaristía.

Jesús, con el milagro de la multiplicación de los panes el día anterior, había despertado unas esperanzas hondamente arraigadas en el pueblo. Millares de gentes se desplazaron de sus casas para verle y oírle, y su entusiasmo les llevó a querer hacerlo rey. Pero el Señor se apartó de ellos. Cuando de nuevo le encontraron, les dijo Jesús: *En verdad, en verdad os digo que vosotros me buscáis no por haber visto milagros, sino porque habéis comido de los panes y os habéis saciado.* “Me buscáis – comenta San Agustín– por motivos de la carne, no del espíritu. ¡Cuántos hay que buscan a Jesús,

¹ Antífona de Comunión. Jn 6, 35.

² Jn 6, 24-35.

guiados sólo por intereses materiales! (...). Apenas se busca a Jesús por Jesús”³. Nosotros queremos buscarle por Él mismo.

Este apego exclusivamente material, interesado, no es lo que Él espera de los hombres. Y con una valentía admirable, con un amor sin límites, les expone el don inefable de la Sagrada Eucaristía, donde se nos da como alimento. No importa que muchos de los que le han seguido con fervor le abandonen al terminar esta revelación. Jesús comienza insinuando el misterio eucarístico: *Obrad no por el alimento que perece sino por el que perdura hasta la vida eterna, el que os dará el Hijo del Hombre... Ellos le preguntaron: ¿Qué haremos para realizar las obras de Dios? Jesús les respondió: Ésta es la obra de Dios, que creáis en quien Él ha enviado.*

Y, a pesar de que muchos de los presentes vieron con sus ojos el prodigio del día anterior, le dijeron: *¿Pues qué milagro haces tú, para que lo veamos y te creamos? Nuestros padres comieron el maná en el desierto, como está escrito: Les dio a comer pan del Cielo.*

La *Primera lectura* de la Misa⁴ nos relata cómo, efectivamente, Yahvé mostró su Providencia sobre aquellos israelitas en el desierto, haciendo caer diariamente del cielo el maná que los alimentaba. Este pan es símbolo y figura de la Sagrada Eucaristía, que el Señor anunció por vez primera en esta pequeña ciudad junto al lago de Genesaret. Jesucristo es el verdadero alimento que nos transforma y nos da fuerzas para llevar a cabo nuestra vocación cristiana. “Sólo mediante la Eucaristía es posible vivir las virtudes heroicas del cristianismo: la caridad hasta el perdón de los enemigos, hasta el amor a quien nos hace sufrir, hasta el don de la propia vida por el prójimo; la castidad en cualquier edad y situación de la vida; la paciencia, especialmente en el dolor y cuando se está desconcertado por el silencio de Dios en los dramas de la historia o de la misma existencia propia. Por esto –exhortaba con fuerza el Papa Juan Pablo II–, sed siempre almas eucarísticas para poder ser cristianos auténticos”⁵.

Con palabras del poeta italiano, pedimos al Señor: *“Danos hoy el maná de cada día, // sin el cual por este áspero sendero // va hacia atrás quien más en caminar se afana”*⁶. Verdaderamente, la vida sin Cristo se convierte en un áspero desierto en el que cada vez se está más lejos de la meta.

– El pan de vida.

II. Cuando los judíos dicen a Jesús que Moisés les dio pan del Cielo, Jesús les contesta que no fue Moisés, sino su Padre Celestial es quien les da *el verdadero pan del Cielo. Pues el pan de Dios es el que ha bajado del Cielo y da la vida al mundo.*

“El Señor se presenta de tal forma, que parecía superior a Moisés; jamás tuvo Moisés la audacia de decir que él daba un alimento que no perece, que permanece hasta la vida eterna. Jesús promete mucho más que Moisés. Éste prometía un reino, una tierra con arroyos de leche y miel, una paz temporal, hijos numerosos, la salud corporal y todos los demás bienes temporales (...); llenar su vientre aquí en la tierra, pero de manjares que perecen: Cristo, en cambio, prometía un manjar que, en efecto, no perece sino que permanece eternamente”⁷.

Quienes estaban presentes aquella mañana en la sinagoga de Cafarnaún sabían que el maná – el alimento que diariamente recogían los judíos en el desierto– era símbolo de los bienes mesiánicos;

³ SAN AGUSTIN, *Comentario al Evangelio de San Juan*, 25, 10.

⁴ Ex 16, 2-4; 12-15.

⁵ SAN JUAN PABLO II, *Homilía* 19-VIII-1979.

⁶ DANTE ALIGHIERI, *La divina comedia. Purgatorio*, XI, 13-15.

⁷ SAN AGUSTIN, *Comentario al Evangelio de San Juan*, 25, 12.

por eso piden al Señor que realice un portento semejante. Pero no podían ni siquiera imaginar que el maná era figura del gran don mesiánico de la Sagrada Eucaristía⁸.

Jesús les dice que aquel maná no era el pan del Cielo, porque quienes lo comieron murieron, y que su Padre es quien puede darles este otro pan del todo excepcional y maravilloso. Ellos le dijeron: *Señor, danos siempre de este pan*. Y Jesús les respondió: *Yo soy el pan de vida; el que viene a Mí no tendrá hambre, y el que cree en Mí no tendrá nunca sed*. El Señor tendrá buen cuidado en dejar bien claro, sin miedo a la confusión y al abandono que habrían de venir, que ese pan es una realidad. Ocho veces repite a continuación el término *comer*, para que no hubiera error posible. Cristo se hace alimento para que tengamos esa nueva vida, que Él mismo viene a traernos: *el pan que Yo os daré es la carne mía*. No es un pan de la tierra, es un pan *que baja del Cielo y da la vida al mundo*. En la Sagrada Eucaristía nos hacemos “concorpóreos y consanguíneos suyos”⁹. La Eucaristía es la suprema realización de aquellas palabras de la Escritura: *son mis delicias estar con los hijos de los hombres*¹⁰. Jesús Sacramentado es verdaderamente el Emmanuel, el Dios con nosotros, que se nos da como alimento para una nueva vida, que se prolonga más allá de nuestro fin terreno.

El más grande loco que ha habido y habrá es Él. ¿Cabe mayor locura que entregarse como Él se entrega, y a quienes se entrega?

Porque locura hubiera sido quedarse hecho un Niño indefenso; pero, entonces, aun muchos malvados se enternecerían, sin atreverse a maltratarle. Le pareció poco: quiso anonadarse más y darse más. Y se hizo comida, se hizo Pan.

–***¡Divino Loco! ¿Cómo te tratan los hombres?... ¿Yo mismo?***¹¹. ¿Cómo me preparo para recibirte? ¿Cómo es mi fe, mi alegría..., mis deseos? Hagamos propósitos pensando en la próxima Comunión que vamos a realizar, quizá dentro de pocos minutos o de pocas horas. No puede ser como las anteriores: ha de estar más llena de amor.

– **En cada Comunión se nos da el mismo Cristo. Su presencia en el alma.**

III. Cuando comulgamos, Cristo mismo, todo entero, con su Cuerpo, su Sangre, su Alma y su Divinidad, se nos da en una unión inefablemente íntima que nos configura con Él de un modo real, mediante la transformación y asimilación de nuestra vida en la suya. Cristo, en la Comunión, no solamente se halla con nosotros, sino en nosotros.

No está Cristo en nosotros como un amigo está en su amigo: mediante una presencia espiritual activada por un recuerdo más o menos constante. Cristo está verdadera, real y sustancialmente presente en nuestra alma después de comulgar. “Yo soy el pan de los fuertes –dijo el Señor a San Agustín, y podemos aplicarlo ahora a la Eucaristía–; cree y me comerás. Pero no me cambiarás en tu sustancia propia, como sucede al manjar de que se alimenta tu cuerpo, sino al contrario, tú te mudarás en Mí”¹². ¡Cristo nos da su vida! ¡Nos diviniza! ¡Nos transforma en Él! Vuelca sobre nuestra alma necesitada los infinitos méritos de la Pasión, nos envía nuevas fuerzas y consuelos, y nos introduce en su Corazón amantísimo, para transformarnos según sus sentimientos. De la Eucaristía manan todas las gracias y los frutos de vida eterna –para la humanidad y para cada alma–, porque en este sacramento “se contiene todo el bien espiritual de la Iglesia”¹³. Si

⁸ Cfr. SAGRADA BIBLIA, *Santos Evangelios*, EUNSA, Pamplona 1983, in loc.

⁹ SAN CIRILO DE JERUSALÉN, *Catechesis*, 22, 1.

¹⁰ *Prov* 8, 31.

¹¹ SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Forja*, n. 824.

¹² SAN AGUSTIN, *Confesiones*, 7, 10, 16; 7, 18, 24.

¹³ CONC. VAT. II, Decr. *Presbyterorum ordinis*, 5.

consideramos frecuentemente los efectos de este sacramento en el alma que lo recibe dignamente, nos ayudará a sacar mucho más fruto de la Comunión eucarística y de la Comunión espiritual y, por tanto, a dirigirnos más rápidos hacia Dios; a valorar la necesidad de recibir al Señor con mucha frecuencia, y aun diariamente, y a esmerarnos en la preparación y en la acción de gracias. Cada día, nosotros podemos decir a Jesús: *Señor, danos siempre de ese pan*.

El alma es elevada al plano sobrenatural; las virtudes de Jesús vivifican el alma, y queda ésta como incorporada a Él, como miembro de su Cuerpo Místico. Entonces podemos decir en toda su plenitud: *Vivo, pero ya no yo, es Cristo quien vive en mí*¹⁴.

También se cumplen en cada Comunión aquellas palabras del Señor en la Última Cena: *Si alguno me ama –y recibirle con piedad y devoción es el mayor signo de amor– guardará mi palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él y en él haremos morada*¹⁵. El alma se convierte en templo y sagrario de la Trinidad Beatísima. Y la vida íntima de las tres Divinas Personas empapa y transforma el alma del hombre, sustentando, fortaleciendo y desarrollando en él el germen divino que recibió en el Bautismo.

Cuando nos acerquemos a recibirle le podemos decir: *Señor, espero en Ti; te adoro, te amo, auméntame la fe. Sé el apoyo de mi debilidad, Tú, que te has quedado en la Eucaristía, inerte, para remediar la flaqueza de las criaturas*¹⁶. Y acudiremos a Santa María, pues Ella, que durante treinta y tres años pudo gozar de su presencia visible y le trató con el mayor respeto y amor posible, nos dará sus mismos sentimientos de adoración y de amor.

Mons. Salvador CIRSTAU i Coll Obispo Auxiliar de Terrassa (Barcelona) (www.evangelii.net)

Señor, danos siempre de ese pan (...) Yo soy el pan de la vida

Hoy vemos diferentes actitudes en las personas que buscan a Jesús: unos han comido el pan material, otros piden un signo cuando el Señor acaba de hacer uno muy grande, otros se han apresurado para encontrarlo y hacen de buena fe –podríamos decir– una comunión espiritual: «Señor, danos siempre de ese pan» (Jn 6,34).

Jesús debía estar muy contento del esfuerzo en buscarlo y seguirlo. Aleccionaba a todos y los interpelaba de varios modos. A unos les dice: «Obrad, no por el alimento perecedero, sino por el alimento que permanece para la vida eterna» (Jn 6,27). Quienes preguntan: «¿Qué hemos de hacer para obrar las obras de Dios?» (Jn 6,28) tendrán un consejo concreto en aquella sinagoga de Cafarnaúm, donde el Señor promete la Sagrada Comunión: «Creed».

Tú y yo, que intentamos meternos en las páginas de este Evangelio, ¿vemos reflejada nuestra actitud? A nosotros, que queremos revivir esta escena, ¿qué expresiones nos punzan más? ¿Somos prontos en el esfuerzo de buscar a Jesús después de tantas gracias, doctrina, ejemplos y lecciones que hemos recibido? ¿Sabemos hacer una buena comunión espiritual: ‘Señor danos siempre de este pan, que calma toda nuestra hambre’?

El mejor atajo para hallar a Jesús es ir a María. Ella es la Madre de Familia que reparte el pan blanco para los hijos en el calor del hogar paterno. La Madre de la Iglesia que quiere alimentar a sus hijos para que crezcan, tengan fuerzas, estén contentos, lleven a cabo una labor santa y sean

¹⁴ Gal 2, 20.

¹⁵ Jn 14, 23.

¹⁶ SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *o. c.*, n. 832.

comunicativos. San Ambrosio, en su tratado sobre los misterios, escribe: «Y el sacramento que realizamos es el cuerpo nacido de la Virgen María. ¿Acaso puedes pedir aquí el orden de la naturaleza en el cuerpo de Cristo, si el mismo Jesús nació de María por encima de las leyes naturales?».

La Iglesia, madre y maestra, nos enseña que la Sagrada Eucaristía es «sacramento de piedad, señal de unidad, vínculo de caridad, convite Pascual, en el que se recibe a Cristo, el alma se llena de gracia y se nos da la prenda de la gloria futura» (Concilio Vaticano II).
